

Texto 8.

“El principio supremo; el punto central del sofisma cristiano, es el concepto de Dios. Dios es el ser humano y, sin embargo, debe ser otro, un ser sobrehumano. Dios es el ser general puro, es la idea absoluta del ser, y sin embargo, debe ser un ser personal e individual; o con otras palabras: Dios es persona, y sin embargo debe ser Dios un ser general, es decir, un ser impersonal. Dios existe; su existencia está segura, más segura que la nuestra; él tiene una existencia separada de nosotros y de las demás cosas, una existencia individual; y sin embargo esta existencia debe ser pensada como una existencia espiritual, es decir, no como una existencia que puede percibirse o como ser especial. En el debe ser se niega siempre lo que se afirma en el es. El concepto fundamental es una contradicción que sólo está cubierta por sofismas. Un Dios que no se preocupa de nosotros, no escucha nuestras plegarias, no nos ve, no nos ama, no es Dios; luego, lo humanitario se convierte en un predicado esencial de Dios; pero al mismo tiempo se dice: un Dios que no existe en sí mismo, fuera del hombre, por encima del hombre, como un ser distinto, es un fante; luego se convierte el ser super-humano en un predicado esencial de la divinidad. Un Dios que no es como nosotros, que no tiene conciencia, ni inteligencia, que no tiene una inteligencia personal y una conciencia personal, como la tiene más o menos la substancia de Espinoza, no es Dios. La unidad esencial con nosotros es la condición principal de la divinidad; el concepto de la divinidad se hace depender del concepto de la personalidad, de la conciencia de algo que es lo más alto que pueda pensarse. Pero un Dios así se dice en seguida que no es esencialmente distinto de nosotros, no es ningún Dios.

El carácter de la religión es la concepción inmediata, arbitraria, inconsciente del ser humano como de otro ser. Pero de este ser, considerado como un ser objetivo, se hace un objeto de la reflexión, de la teología, convirtiéndose así en una fuente inagotable de mentiras y engaños, con tradiciones y sofismas.

En la contradicción que hemos descubierto entre la fe y el amor tenemos la necesidad práctica de elevarnos por encima del cristianismo y por encima de

la esencia de la religión en general. Hemos demostrado que el contenido y el objeto de la religión son absolutamente humanos, que el secreto de la teología es la antropología y que el del ser divino es el ser humano. Pero la religión no tiene la conciencia de la humanidad ni de su contenido; más bien se opone a lo que es humano o por lo menos no confiesa que su contenido sea humano. El momento decisivo y necesario para el cambio de la Historia es, por lo tanto, la confesión clara de que la conciencia de Dios no es otra cosa sino la conciencia de la especie, que el hombre sólo puede elevarse por encima de los límites de su individualidad o personalidad, pero no por encima de las leyes, de las determinaciones esenciales de su especie; que el hombre por lo tanto no puede pensar, imaginar, sentir, creer, querer y venerar a otro ser, como ser absoluto y divino, que el mismo ser humano.

Nuestra relación con la religión es en consecuencia no exclusivamente negativa, sino crítica; separamos lo verdadero de lo falso -aunque por cierto la verdad separada de lo que es falso, siempre es una verdad nueva y esencialmente diferente de la verdad vieja. La religión es la primera conciencia que tiene el hombre de sí mismo. Santas son las religiones, precisamente porque son las tradiciones de la primera conciencia. Pero, lo que para la religión es lo primero, o sea Dios, esto es, como se ha demostrado, de acuerdo a la verdad, lo segundo, pues sólo es la esencia objetiva del hombre; y lo que para ella es lo segundo, o sea el hombre, debe ser colocado y pronunciado como lo primero. El amor hacia el hombre no debe ser derivado; debe convertirse en un amor original. Recién entonces el amor es un poder verdadero, santo y de absoluta confianza. Si la esencia del hombre es el ser supremo del hombre, debe ser prácticamente la ley suprema y primera del hombre, el amor del hombre al hombre. Homo homini Deus est. El hombre es el Dios porque el hombre es el Dios para el hombre -es éste el principio supremo y práctico- es éste el momento decisivo que cambia la historia del mundo. Las relaciones del niño con los padres, del esposo con la esposa, del hermano con el hermano, del amigo con el amigo, y en general del hombre con el hombre, es en una palabra todas las relaciones morales, son de por sí relaciones verdaderamente religiosas. La vida es, en general, en sus relaciones esenciales de una naturaleza absolutamente divina. Su

consagración religiosa no la recibe por la bendición del sacerdote. La religión quiere consagrar un objeto mediante una acción de por sí puramente extrínseca; de este modo ella pretende ser una potencia sagrada; fuera de sí sólo conoce relaciones terrenales, no divinas y precisamente por eso ella viene para santificarlas y consagrarlas.

Pero el matrimonio -naturalmente como unión libre del amor (2) -es por sí mismo sagrado, por la naturaleza de la unión que aquí se realiza. Sólo es verdadero, el matrimonio religioso, que corresponde a la esencia del matrimonio, al amor. Y así es con las demás relaciones morales. Sólo son morales, sólo son cultivadas en el sentido moral, donde son por sí mismas consideradas como religiosas. Verdadera amistad sólo existe allí donde los límites de la amistad se observan con conciencia religiosa, con la misma conciencia con que los creyentes conservan la dignidad de su Dios. Sagrada es y sea para ti la amistad, sagrada la propiedad, sagrado el matrimonio, sagrado el bien de todo hombre, pero sagrado en sí y para sí. En el cristianismo, las leyes morales se conciben como mandamientos de Dios, se convierte la moral misma en un criterio de la religiosidad: pero, sin embargo, la moral tiene un significado subordinado, no tiene para sí misma el significado de la religión. Esta sólo existe en la fe. Sobre la moral está Dios como un ser distinto del hombre, como un ser al cual pertenece lo mejor, mientras que para el hombre sólo queda la basura. Todos los sentimientos que deben ser dirigidos hacia la vida, hacia el hombre, todas sus mejores fuerzas, las gasta el hombre en favor de un ser que no necesita de nada. La verdadera causa se convierte en un simple medio sin importancia, una causa sólo imaginada en una causa verdadera y real. El hombre da gracias a Dios por el bien que el otro le ha hecho hasta con sacrificios. Las gracias que él expresa a su benefactor, sólo son aparentes, no son para él sino para Dios. El agradece a Dios; en cambio, es ingrato para con los hombres (3). De este modo, el sentido moral perece en la religión, El hombre sacrifica al hombre en favor de Dios. El sacrificio humano es, en verdad, sólo una expresión plástica del secreto intrínseco de la religión. Donde se sacrifican hombres a Dios, se consideran estos sacrificios como los más altos y la vida sensitiva como el bien supremo. Por eso se sacrifica la vida a Dios, y esto en casos extraordinarios, porque se cree así

rendir a él el honor máximo. Si el cristianismo, por lo menos en nuestros tiempos, ya no sacrifica seres humanos a su Dios, se debe, si se prescinde de otras razones, sólo al hecho de que la vida corporal ya no se considera como el bien supremo; en su lugar se sacrifican a Dios el alma, la convicción, porque hasta se los cree más altos. Pero lo común es que el hombre, en la religión, sacrifica una obligación para con el hombre -como la de respetar la vida del otro y ser agradecido- a una obligación religiosa, sacrificando la relación con el hombre a la relación con Dios. Los cristianos han eliminado, mediante la doctrina de que Dios no necesita de nada, siendo esta propiedad sólo un objeto de la pura adoración, muchas imaginaciones bárbaras. Pero esta propiedad de Dios es solamente un concepto abstracto y metafísico, que en ninguna forma es el fundamento de la esencia propia de la religión. La necesidad de adoración, colocada solamente en el lado subjetivo, es para los sentimientos religiosos una cosa indiferente. Por eso debe ponerse en Dios una determinación que corresponda a la necesidad subjetiva, aunque no sea con palabras, pero por lo menos con hechos, para poder establecer reciprocidad: Todas las determinaciones reales de la religión descansan en la reciprocidad (4). El hombre religioso piensa en Dios porque Dios piensa en él, ama a Dios porque Dios lo ha amado primero, etc. Dios es celoso con respecto al hombre - la religión es celosa con respecto a la moral (5); ella observa sus mejores fuerzas, da al hombre lo que es del hombre, pero a Dios lo que es de Dios. Y Dios es el sentimiento verdadero, es el corazón.

Si en los tiempos en que la religión era una cosa sagrada, encontramos que el matrimonio, la propiedad, las leyes de estado fueron respetadas debemos tener en cuenta que esto no tiene su causa en la religión, sino en la conciencia original y naturalmente moral y justiciera para la cual las relaciones jurídicas y morales, ya de por sí son santas. Para quien el derecho no es una cosa sagrada en sí misma, no le será tampoco jamás por la religión. La propiedad no se ha hecho sagrada porque fue considerada como una institución divina; sino porque fue considerada por sí misma como algo sagrado, fue considerada también como una institución divina. El amor no es sagrado por el hecho de que es un predicado de Dios; sino que es un predicado de Dios porque ya de por sí es divino. Los paganos no veneran la luz ni la

fuente porque sean un don de Dios, sino porque estas cosas son beneficiosas para el hombre, porque dan alivio al que sufre, y por eso les atribuían honores divinos.

Donde la moral se funda en la teología y el derecho en la institución divina, se pueden justificar y fundamentar las cosas más inmorales, injustas e ímprobas. Sólo puedo fundamentar la moral por la teología, cuando yo mismo, mediante la moral, determino el ser divino. De lo contrario no tengo criterio de lo que es moral e inmoral; sino tengo una base inmoral y arbitraria, de la cual puedo derivar todas las cosas posibles. Debo, por lo tanto, poner la moral en Dios, si es que quiero fundamentarla por Dios; es decir, que puedo fundamentar la moral, el derecho, en una palabra, todas las relaciones esenciales sólo por sí mismas, y sólo las fundamento en forma verdadera, así como manda la verdad, cuando las fundamenta por sí mismas. Atribuir una cosa a Dios, o derivarla de Dios, no significa otra cosa sino quitar algo a la inteligencia que examina, llamar algo como indudable, sagrado y santo sin dar cuenta de ello. Por eso cuando la moral y el derecho son fundamentados en la teología, hay, o un desconocimiento absoluto o una intención mala y premeditada. Cuando nos interesa verdaderamente el derecho, no necesitamos un estímulo ni una ayuda de arriba. No necesitamos ningún derecho cristiano: necesitamos solamente un derecho razonable, justiciero y humano. Lo que es verdad, lo que es bueno, tiene su causa de consagración en sí mismo, en su cualidad. Cuando queremos en verdad la moral, vale ella por sí misma como un poder divino. Si la moral no tiene ningún fundamento en sí misma, no hay tampoco ninguna necesidad intrínseca para la moral. La moral es entonces librada a la arbitrariedad absoluta de la religión.

Luego trátase en la relación que tiene la inteligencia consciente con la religión, sólo de la destrucción de una ilusión -pero de una ilusión, que no es, de ninguna manera, algo indiferente, sino que más bien ha sido un perjuicio fundamental para la humanidad, porque quita al hombre, tanto la fuerza de la vida real, como el sentido de la verdad y de la virtud; porque hasta el amor, que es de por sí el sentido más verdadero, se convierte por la religiosidad, en un sentido sólo aparente e ilusorio, porque el amor religioso quiere al hombre

sólo por Dios, quiere por lo tanto sólo aparentemente al hombre, pues en verdad sólo quiere a Dios.

Como hemos demostrado, sólo necesitamos invertir el orden de las relaciones religiosas, contemplando lo que es un medio para la religión, siempre como una finalidad, lo que para ella es subordinado, secundario, condicional como cosa principal, como cosa original. Entonces habremos destruido la ilusión y la luz de la verdad iluminará nuestros ojos. Los sacramentos del bautismo y de la cena del Señor, estos símbolos esenciales y característicos de la religión cristiana, pueden confirmar e ilustrar esta verdad.

(...) La moral no puede hacer nada sin la naturaleza, debe unirse con los medios de naturaleza más sencillos. Los secretos más profundos se encuentran en lo que es común y lo que es cosa diaria. Esta verdad la anulan la religión y la especulación sobrenaturales, sacrificando los verdaderos secretos a los secretos ilusorios, como lo hacen aquí, al sacrificar la verdadera fuerza milagrosa del agua a una fuerza milagrosa imaginada. El agua es el medio más sencillo de la gracia y una medicina, tanto contra las enfermedades del alma como del cuerpo. Pero el agua sólo obra si se la aplica con regularidad. El bautismo, como acto único, no es un hecho enteramente sin autoridad y sin importancia o, si se ligan con él efectos reales, una institución irreligiosa. En cambio, el bautismo es una institución razonable si se presenta y se celebra en él la fuerza curativa moral y física del agua y de la naturaleza en general.”

Feuerbach, *La esencia del cristianismo*.CAPÍTULO VIGÉSIMO TERCERO

La contradicción en la esencia de Dios en general